

«EL VAGABUNDO»

**P**ARAMENTE la naturaleza se muestra de un modo tan directo, persistente y eficaz en un libro de versos como éste. Lo forman poemas en los que la exuberancia de metáforas está siempre en función de una no menos exuberante vegetación. Poemas en los que se trasluce una fiel devoción por lo telúrico, cuya grandiosidad hace que la poetisa se sienta leve, y más lleno de levedad aun el vagabundo que protagoniza sus versos. Y dice Luz Pozo, ante el prodigio de una tierra «demasiado hermosa», según su propia definición:

«Porque el hombre es más leve que una brizna  
cuando ha de soportar tantas ramas felices».

Y es que este nómada que Luz Pozo crea en su libro sabe bien, cuando huye de las ciudades y de los hombres, que, en definitiva:

«...Por la tierra  
desenvuelven sus aires las palomas.  
Tan solo basta oír para sentirse  
ser o no ser. Que todo, todo, todo,  
ya está en la primavera para siempre.»

Algunas deficiencias formales, provenientes sin duda de la espontaneidad con que los poemas fueron gestados, se advierten en el libro. Y si no suponen un reparo de consideración, tampoco conviene silenciarlo, por cuanto un más cuidadoso empleo del vocabulario las hubiese evitado.

Gerardo Diego, en el elogioso comentario que un libro anterior de Luz Pozo le mereció, señalaba las influencias de Juan Ramón Jiménez y de Vicente Aleixandre en la poetisa. En lo que a «El vagabundo» respecta, se evidencia claramente la del segundo, pero no la de Juan Ramón, de no ser en un paralelo apego a la naturaleza y en cierta tendencia a la delicada melancolía juanramoniana que algunos pasajes de Luz Pozo manifiestan. En cambio, el lenguaje aleixandrino aparece con mayor frecuencia en «El vagabundo», sin que la resonancia llegue a extremos que pudieran hacerla excesiva, porque, en última instancia, siempre cuenta Luz Pozo con la autenticidad de su sentimiento hacia la fértil tierra, a la que llega, en su entusiasmo, a pedir más vida, o lo que es lo mismo, mayores posibilidades para gozar ese tesoro vegetal que la cerca:

«Árbol, piedra, colina,  
no me dejéis morir, salvadme pronto.»

Esta presencia de lo telúrico como elemento motor en la poesía de Luz Pozo no cesa de advertirse en todo el libro, y así podemos leer en «Alegría del dolor», su último poema:

«Este dolor me alegra como un árbol.  
Me levanta a los pájaros, es tuyo.

Entre el dolor y el río de los hombres  
nacen vegetaciones de palomas.

Acuérdate de mí por las orillas,  
cuando suban los árboles calientes.»

Si concluyo diciendo que «El vagabundo» es un libro de condición esencialmente femenina, no sé si se entenderá lo que quiero decir. Pero lo es. Y entiéndase la afirmación como un elogio.